

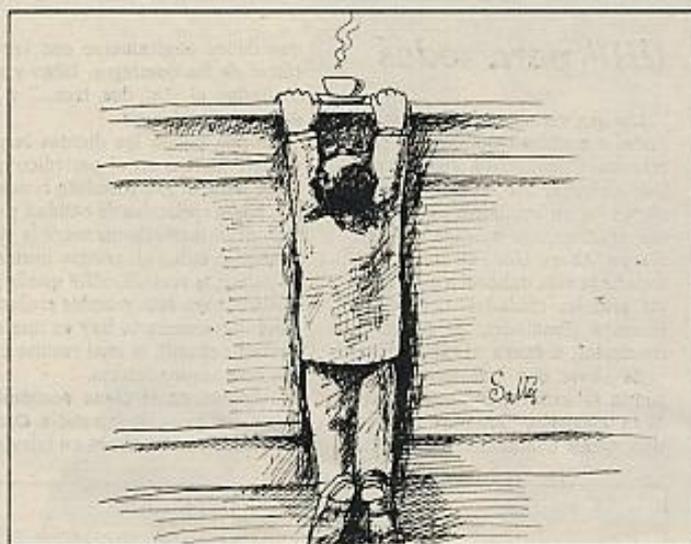
LIBROS

Los intelectuales, ¿una nueva clase social?

Este libro (1) es importante y significativo, porque demuestra la crisis de los intelectuales y su miopía idealista. El autor, profesor de Filosofía, en la Universidad de Praga, intenta convencernos de que ha surgido, sin que nos demos cuenta de ello, una nueva clase social: los intelectuales como movimiento de masa, cuyo poder es determinante en muchos acontecimientos del mundo. En este sentido, atribuye la caída del stalinismo a la influencia que ha tenido el incremento de la cultura intelectual, así como la contestación en Polonia, la Primavera de Praga, el Mayo francés y la Revolución Cultural china, los considera testimonios fehacientes de la aparición de esta nueva clase. Dejando de lado el fracaso estrepitoso de estos hipotéticos movimientos de masas, debemos preguntarnos: ¿qué es el intelectual en la sociedad moderna?

Se le ha definido como un ser privilegiado que está por encima de todas las clases sociales. Hasta el mismo Marx creyó, en determinado momento, que el intelectual representaba la conciencia crítica, la universalidad immanente. Pero, más tarde, al criticar la filosofía de Hegel, descubre que el intelectual encarna la especialización más típica y expresiva de la alienación humana, pues es un ser que está aislado y, por la propia naturaleza de su trabajo, volcado sobre sí mismo. Autodeterminación individualista que es la base de la pérdida de sí, como ser humano universal. El intelectual, para Marx, convierte su vida en una traición al hombre real y verdadero, es el original, el "snob", el exótico, una figura peregrina. Extrañeza que teorizó Baudelaire como bohemia, y Walter Benjamin explicó como aislamiento o melancolía de la singularidad, por querer sentirse diferente de

(1) Jan Patocka: Los intelectuales ante la nueva sociedad, prólogo de Carlos Paris. Akal Editor. 1976.



los otros hombres. Por último, Sartre, en "El idiota de la familia", nos describe al intelectual como un alienado por su obra artística, un empresario utilitario de las letras y un burgués enamorado de sus propios productos. Aparece, pues, el intelectual condicionado por la sociedad burguesa, en general, y por su alienación básica, en particular. Y se da en él la paradoja: odia al burgués teóricamente y lo desprecia, porque vive del beneficio, pero es también como el burgués, pues se nutre del ideal de sí y para sí mismo.

El error de Jan Patocka radica en creer que los intelectuales poseemos "una generalidad y categoría o elemento filosófico dentro de nosotros". Esta razón independiente le sirve de base para demostrar que se trata de criaturas superiores al resto de los mortales, porque no viven condicionados por el mecanismo social. Para fundamentar su visión, el autor emprende la revisión crítica de la antropología de Marx. Piensa que el marxismo está demasiado ligado al objetivismo de las ciencias naturales y al mecanismo social. Es preciso completarlo con la fenomenología y el existencialismo, que estudian las motivaciones individuales, la actividad y la conciencia, para lograr esclarecer la función histórica del intelectual. Para el autor, el intelectual escapa a la servidumbre de las leyes causales de la sociedad y se determina a sí mismo, apareciendo como una conciencia crítica de la historia.

Esta personalidad, todavía desdibujada, nos lleva a preguntarnos: ¿es el intelectual el revolucionario profesional del "Qué hacer" de Lenin? Ellos también

constituían un grupo de hombres que introducía, desde fuera, la conciencia al proletariado. Pero el revolucionario profesional, es un hombre de acción que se olvida de sí mismo, de su destino individual. También el intelectual orgánico, de Gramsci, termina por incorporarse al movimiento histórico de la clase obrera. No son, pues, intelectuales puros en el sentido de Patocka. A su vez, Juan Goytisolo y un gran nove-

lista checo, ha descubierto que la nueva clase social que gobierna los países socialistas son intelectuales; revolucionarios profesionales o intelectuales orgánicos. Sin embargo, el autor afirma que en el capitalismo y el socialismo, con la eliminación del trabajo físico en la industria, "la producción se convierte en un proceso primordialmente racional y no ya orgánico-material", y aunque no es el proletario el que dirige el proceso industrial, sino los intelectuales o técnicos, éstos todavía no han conquistado el poder. Ahora bien, si los obreros ya no son la cabeza de la revolución, la nueva vanguardia estará constituida por intelectuales y técnicos. No se trata de la proletarización o masificación de los intelectuales y su incorporación en la clase obrera, por una coincidencia de intereses frente a los grandes monopolios. Por el contrario, el autor cree que intelectuales y técnicos constituyen, por sí mismos, una clase nueva y original. Esta discutible tesis ignora que el obrero se ha tecnificado, intelectualizado y que el trabajo manual siempre ha sido intelectual.

Sin duda alguna, hay rasgos característicos en el trabajador

El poeta Herrera Petere

"La muerte es muchas veces un templado vapor de humedad llorosa un techo blanco de madera pintada en una alcoba extraña orientada hacia el Sur".

Estos versos cobran hoy toda la tragedia de la realidad, por lo que tienen de incumplimiento de un deseo: la vuelta al Sur, a España, con la que llevaba soñando el poeta tantos años. Tantos, que uno de sus libros más conocidos, publicado en 1956, lleva este significativo título: "Hacia el Sur se fue el domingo".

Nacido en Guadalajara en 1910, José Herrera Petere cursó estudios universitarios en Madrid, sin ninguna ilusión. Sus primeros poemas, de tono su-

rralista, aparecieron en la publicación de Giménez Caballero, "La Gaceta Literaria", en 1930. Colaboró más tarde en "Octubre", que dirigió Alberti. Su primer libro, sin embargo, fue un tomo de novelas cortas, "La parturienta".

Durante la guerra civil, Herrera Petere formó como voluntario del famoso 5.º Regimiento, en cuya publicación "Milicia Popular" y en "El Mono Azul", comenzó a publicar sus famosos romances. Alberti, que le conoció por esas fechas, cuenta que Herrera Petere "es de alguna manera una especie de sobrino, un sobrino que conocí un verano en los valles de la sierra del Guadarrama. ¿Tenía entonces diecinueve años? Yo no sé, pero ya era el poeta geográfico más original de esa enorme sierra. Conocía los nombres más preciosos de las montañas, los ríos, los pueblos, los caminos y los albergues, y estos nombres los colocaba en sus poemas con el júbilo infantil del escolar impuesto en la materia. Poseía el don irresistible de inventar palabras o de disponer éstas de tal manera que ellas parecían surgir

intelectual que lo llevan a enfrentarse con el trabajador político. Recordemos la polémica de Gorki contra Lenin, y los intelectuales hispano-americanos contra Fidel Castro. ¿Es el intelectual un idealista por naturaleza, y el político un realista? No es tan tajante la separación. Uno es la conciencia que vive del proyecto revolucionario como idea, mientras el otro es el realizador paulatino y progresivo de la misma. Entre la ilusión lírica del intelectual, reflejo de la pureza de conciencia, y las manos sucias del político, existe una discrepancia inevitable.

Jan Patócka no acepta la impotencia ideal de los intelectuales y los convierte en la fuerza dirigente de la sociedad, sin percatarse que, precisamente por su naturaleza ideal abstracta, están condenados al fracaso y al nihilismo, tanto en el mundo capitalista como en el socialista, pues por sí mismos, solos, no pueden cambiar el mundo. "Desde el momento en que sé lo que quiero —dijo un estudiante francés— soy un burgués". En efecto, al carecer del apoyo obrero no sabían lo que querían ni a dónde iban. Hundidos en la nada de su vacío, se dedicaron a festejar y embria-

garse de sueños líricos, fantasmales. Los estudiantes e intelectuales, en mayo de 1968, celebraron una gran fiesta, la "Verbena de la Sorbona", como dijo Bergamín, es decir, su fin como clase o masa por sí misma. ■  
**CARLOS GURMEDEZ.**

## "Los verdes de mayo hasta el mar"

Esta es la segunda de las novelas que han de constituir *Antagonía*, título general de un ciclo de cuatro novelas iniciado con "Recuento" (Seix Barral, 1975). Los únicos puntos de conexión entre "Los verdes campos" y "Recuento" serían el escenario (Rosas, lugar de desenlace de la primera novela) y la procedencia social de los personajes, seres ociosos, abúlicos y deseosos de hallar el medio de matar su aburrimiento. frutos, por supuesto, de la burguesía.

Pero a mi entender, lo que verdaderamente caracteriza el libro de Luis Goytisolo no viene



Luis Goytisolo.

dado por los personajes, sino por la concepción que el autor tiene de la tarea de creación literaria. "La imagen como unidad narrativa por excelencia, entendiendo por tal el correlato subjetivo de la acción implícita integralmente estructurada. Esto es: no al modo, por ejemplo, de un monólogo interior magmático, inestructurado, sino vertebración, construcción polidimensional, repre-

sentación totalizadora de los elementos de diversa índole presentes en el relato"... (p. 216), nos dice el narrador, al mismo tiempo personaje, de la novela. Partiendo de estos presupuestos teóricos, en el desarrollo de la novela se van integrando esa diversidad de elementos con la intencionalidad de componer, finalmente, una suerte de cosmogonía. No podríamos, por otra parte, asegurar con toda certeza si estamos ante una novela propiamente dicha; la línea argumental —de existir únicamente una— queda con mucha frecuencia interrumpida, e incluso deshecha, con la inclusión de este tipo de reflexiones sobre la misma labor de creación.

Dentro ya del entramado de esta "construcción polidimensional" es de señalar la relevancia que el mismo autor adquiere en su específico papel de autor de la obra. Porque, nos dice el narrador —por supuesto, uno de ellos, ya que no podemos precisar su número, sino únicamente distinguir dos tipos: los correspondientes a la primera y la tercera persona—, la obra "incide en la vida del autor del mismo modo que las reflexiones sobre la vida inciden en la obra" (p. 192).



de pronto en una lengua totalmente nueva. Sus escritos entonces, verso o prosa, podrían haber sido la obra de un poeta de los primeros días de la creación".

Su nombre, como poeta, vuelve a aparecer en el "Romancero de la guerra civil" (serie I), publicado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas

Artes, Sección de Publicaciones, Ediciones de la guerra civil, aparecido en Madrid en noviembre de 1936. Más tarde colaboró también en la revista "Hora de España".

A pesar de todo esto, su consagración como escritor le vendría por la prosa: su novela, "Aceros de Madrid", consiguió el Premio Nacional de Literatura en 1938. Durante estos años de guerra publicó "Guerra viva", romances, y "Puentes de sangre", poemas, dedicados a la batalla del Ebro.

Internado en el campo de concentración de Saint-Cyprien, al término de la guerra, pudo marchar a Méjico poco después. Allí residió hasta 1947, en que se trasladó a Ginebra, donde le ha sorprendido la muerte.

Poeta del "éxodo y del llanto", Herrera Petera canta los paisajes de su Castilla natal, sorprendidos a través de la bruma de las montañas suizas o a través de sus recuerdos y sus sueños. Sus poemas, llenos de nostalgia española, pueden concretarse en su magnífico "Hacia el Sur se fue el domingo/hacia el Sur se fue dicién/Axa, Fátima y

Marién", publicado por Seghers, en traducción de Claude Couffon.

En estos años comenzó a escribir teatro, "cuando me di cuenta que el teatro procede de la poesía, como la nieve del agua". Dos de sus obras, "Plomo y mercurio" y "La serrana", han sido puestas en escena en Francia y Suiza.

Como narrador estimaba que su mejor obra era "Cumbres de Extremadura", cuya segunda edición apareció en 1945 en Méjico.

Poeta para quien la poesía "nace de la experiencia, es decir, del dolor", poeta para quien "la verdadera poesía, por más íntima y secreta que sea, siempre transforma el mundo", su obra es casi totalmente desconocida en su patria. No más de dos o tres artículos se habrán escrito sobre él en todos estos largos años, y muy pocos poemas se han recogido en revistas y antologías.

Sus, creo, dos visitas a Madrid, cortas necesariamente por exigencias de la Administración franquista, nos revelaron a un hombre sencillo, cordial, año-

rante y avejentado. La tarde que dio una lectura de sus versos en una librería madrileña ante cuarenta o cincuenta amigos se cuentan entre las más felices de su vida, según confesión propia. Y ahora, en estos momentos en que preparaba su vuelta definitiva, en que se estaban realizando las gestiones para la publicación de su novela "Cumbres de Extremadura", con prólogo de Bergamín, la muerte se lo ha llevado para siempre, impidiéndole realizar su anhelado viaje al Sur.

Por todo ello, hoy más que nunca sus desgarradores versos del que creo su último libro publicado, "El incendio", nos dejan un amargo sabor de impotencia y amargura:

¿Por qué, por qué, por qué  
no estamos en España?  
Tiemas, humedecidas cartas  
nos preguntan. Dicen los la-  
(nos,  
gritan estrellas, niñas aún,  
mujeres, la soledad al alba...  
¿Por qué, por qué, por qué  
no estamos en España?  
Si pregunto por qué...  
me cortan la palabra. ■

JOSE ESTEBAN